



La lotería y los políticos

Cuando llega este día, lector, los pobres periodistas pasamos las de Cain (con permiso de los hermanos Quintero, que las pasaron mucho mejor que nosotros) para alegrarles la existencia á los que no ha favorecido la fortuna.

Cada año, la víspera del sorteo, cuando se reúne en cóncave la redacción para distribuirse el trabajo y hacerse ilusiones acerca de cuánto nos va á corresponder en el gordo infame, después de los chistes de ritual, el hombre confeccionador, que suele ser un tiranuelo insoportable, remata la reunión con esta pregunta lapidaria:

—Bueno, señores, ¿y quién hace las líneas de la primera?

Las «líneas de la primera» son las que deben completar la primera plana con el «mono» de Tovar, es decir, con el «mono» que Tovar ha dibujado.

Unas veces le corresponde á un redactor sedado, que atiza dos columnas de prosa filosófica censurando el vicio de la lotería, en la que lleva una participación, por si acaso; otras, asume las responsabilidades del trabajo torturador un vicioso empedernido de las participaciones, que canta un himno al bombo y las bolas y que mete, entre tontería y tontería, este colmo: «¿A qué no sabéis cuál es el colmo del periodista adulador?... Darle un bombo al bombo».

Están ya tan explorados todos los terrenos de la originalidad en esto de la lotería, que si Scott se diera hoy una vuelta por las redacciones, se sonreiría de su trabajo de explorador del Polo.

Por eso yo me sonrío de Scott al ponerme á pensar, tristemente, que este año me ha correspondido escribir las «líneas de la primera» para satisfacer la voracidad del confeccionador y suplir las deficiencias de Tovar, que ya podía haber hecho el mono á plancha entera. ¡Miren ustedes que hacer medias planchas en estos tiempos!

—Pero, en fin, un día es un día y alguna vez había de salir este último «reporter», el último de la casa, de la obscuridad á que le habían relegado sus envidiosos compañeros de profesión.

—¿Conque se os había agotado el tema, pobros? ¡Pues ahora veréis de lo que es capaz un provinciano, recién venido á esta localidad! —No se os ha ocurrido nunca consultar á los políticos su opinión sobre el «gordo»?... He aquí mi tema. Descubramos este Mediterráneo, prescindiendo de detalles de visitas, presentaciones, etc.

la calle á las siete de la mañana y ha recorrido, hasta las once, los domicilios de los prohombres de todos los partidos.

El Sr. Maura, que se levanta al amanecer, ha sido explícito y terminante, como de costumbre.

—Poco puedo decirle á usted—ha exclamado.—Hace tres años que no juego un real. Todas las bolas que salgan me importan lo mismo.

—¿Y no piensa usted jugar en mucho tiempo, D. Antonio?

—Le diré á usted. Para la lotería del 10 de enero voy á hacer la locura de jugar un billete yo solo.

—Pues no diga usted más. Ya sé á quién le toca el «gordo» en la primera de año.

El conde de Romanones estaba de regular humor.

—¿Cuántos números ha jugado usted, conde?

—De 48.000.

—Pues en los 48.000 llevo participación. Si no me toca me llevará un chasco.

—¿Quién juega con usted?

—Conmigo no juega nadie. Y contra mí, menos.

—¿Tiene usted plena confianza en el bombo?

—Absoluta... Me sonrío hasta de las bolas de «La Epoca».

Y nos despedimos del presidente feliz.

El Sr. Montero Ríos nos recibió en la cama.

—¿Cree usted que caerá en Barcelona el «gordo», D. Eugenio?

—Mi querido amigo: si el «gordo» cae en Barcelona, pueden ustedes contar con mi dimisión. Sería intolerable. Barcelona se lo lleva todo, hasta mi tranquilidad.

—¿Usted no juega, verdad?

—Hijo, á mis años y con Romanones! De ninguna manera. ¡Como algún amigo no juegue por mí!... Desde que se sortearon las secciones para la Comisión del proyecto de Mancomunidades, ¡hasta el sorteo de Navidad me revienta!

De la casa de D. Eugenio nos fuimos á la del Sr. La Cierva.

—Sólo he jugado un número... de El Liberal.

—Y ha salido premiado.

—Con todas las de la ley..., y por partida doble. No he querido jugar más por si viene la contraria.

Don Melquiades Alvarez nos recibió malhumorado.

—No quiero que me hable de décimos. El único décimo que me merecía alguna confianza era Don Alfonso el Sabio, y ya ve usted la que me ha hecho. Ni en las Tablas de

la Ley tengo ya confianza, amigo mío, ¡cuanto más en las tablas de la lotería!

En ese momento de la conversación entraba D. Miguel Moya.

—¿Cuántos billetes lleva usted, D. Miguel?

—Hombre, qué tontería! 150.000 pesetas en billetes de á mil, pues son 150 billetes. Eso lo sabe todo el mundo; pero yo mejor que nadie, por desgracia.

A Soriano le encontramos al entrar en la Redacción de España Nueva.

—¿Qué opina usted del «gordo», Sr. Soriano?

—Que es un gorrino muy simpático.

—Al que le toque no creará que es un gorrino...

—Pero usted, ¿de qué habla?

—Yo del «gordo» de la lotería.

—Ah, vamos; yo hablaba del cerdo de nuestra rifa!

Al Sr. Cambó le hemos visto de paso por Barcelona.

—¿Juega usted, D. Francisco?

—Lo he puesto todo en las Mancomunidades. Si no salen, para mí no habrá «gordo» este año.

Ultimamente hemos estado en la casa de D. Pablo Iglesias.

Cuando le preguntamos si jugaba, se ha puesto lívido.

—En España no jugará nadie mientras yo sea diputado...

—¿Pero si hoy juega todo el mundo, don Pablo!

—Caramba, eso digo yo; pero el Gobierno me contesta siempre que no es cierto...

Y con este equívoco terminamos nuestra información, porque es tarde y nos acaban de decir que ha salido el «gordo».

Se ha despertado temprano el caballero este año y no permite que continuemos.

—El 10.644! ¿Quién lo tuviera!

Santander este año ha estado de suerte. Le han correspondido cuatro ó cinco gordos en distintos sorteos y ahora cargan con el de Navidad.

Además, tendrán este año como huéspedes augustos á los Reyes. El que quiera suerte que vaya á Santander. Por algo fué á pronunciar allí su discurso del verano el conde de Romanones.

Pero no se olvide que también pasó allí todo el verano el Sr. Maura.

Frente á Gobernación, mirando á los carteles de nuestras oficinas, se aglomera el público. El griterío es ensordecedor.

De este sorteo hemos salido. Veremos cómo se sale del primero que se celebre después de Reyes.

Y perdonen ustedes las fantasías de este pobre muchacho que ha tenido que escribir «las líneas de la primera».

EL ULTIMO REPORTER

¡Dinero para hoy!!

La del alba sería...

cuando nuestros reporteros se personaban en las inmediaciones de la Casa de la Moneda dispuestos á presenciar el cuadro animadísimo que constituye todos los años el preludeo del sorteo de la Lotería de Navidad.

Mientras los reporteros cultivaban la entrevista libre en el arroyo libre—¡alguna vez los pobres gollós han de poder darse el pisto de que los interroguen los señores de la Prensa!—, otro compañero nos llamó por teléfono para comunicarnos una noticia que se presta como pocas á la dulce divagación.

—He estado en el ministerio de Hacienda—ha dicho el camarada—, donde me he enterado de que están vendidos todos, absolutamente todos los 48.000 billetes de que consta el sorteo. Es decir, precisamente todos, no...

—Hombre! ¿En qué quedamos?

—Quedamos en que sí y en que no. Porque es el caso que de un pueblo de la provincia de Huelva han anunciado que devolvían siete décimos. Y esos son precisamente los que quedan por vender para que, en efecto y categóricamente, pueda decirse que han sido expendidos los 48.000 billetes.

—Pero, ¿es posible que haya un pueblo en España que haya tenido la relativa virtud de devolver á la Dirección General del Tesoro siete de los décimos de la Lotería grande que le fueron enviados?

—Es posible. Y por razones especiales esos siete décimos no podrá el Tesoro colocarlos ya á ningún ciudadano español.

—Vengan esas razones, que tienen una importancia loca para la información del día.

—Ese pueblo de la provincia de Huelva, en punto á comunicaciones, está á la altura de muchos pueblos de España. El día 17 fué reclamada la devolución de los décimos que no hubieran sido vendidos. Pero como el pueblo carece de telégrafo y de estación férrea, y está más apartado de lo que parece, entre que llegó la orden y fué cumplimentada han pasado cinco días, y hasta hoy no se ha sabido en la Dirección que los tales décimos entendían el viaje de regreso á Madrid, olímpicamente despreciados por los habitantes de la localidad referida.

—Bien. Pero, ¿no han llegado ó no pueden llegar á Madrid con tiempo suficiente para que otros ciudadanos españoles, menos virtuosos, los adquieran? ¡Hay tantos aquí, á estas horas, que pagarían el doble por conseguir un décimo!

—No lo sabéis bien. En cuanto un número reducido de personas se ha enterado de que esos pobres residuos de los 48.000 billetes volvían á Madrid, se han puesto en juego cien mil influencias para lograrlos. Que lo

digan el ministro y el subsecretario de Hacienda y el director general del Tesoro, á quien han mareado de lo lindo los que suspiraban por la posesión de alguno de los décimos devueltos.

—¿Y al fin, qué?

—Todo inútil. A las doce de la noche no habían llegado á Madrid los fugitivos de la provincia de Huelva. Por consiguiente, ya no es posible expendierlos, aunque llegasen á primera hora de la mañana. El Tesoro tiene que cargar con ellos. ¡Y ya no faltaba más sino que el más robusto de los premios fuese á descargar sus millones sobre alguno de los despreciados por los onubenses! Que la loca fortuna nos libre de ese riesgo.

—Amén.

El reporter se retira del teléfono y nosotros quedamos sumidos en un mar de consideraciones.

Ha vendido el Tesoro los 48.000 billetes del sorteo de hoy..., menos siete décimos, por los que se habría dado cualquier cosa de llegar á tiempo á Madrid.

¿Y dicen que en España no hay dinero!

Pero los españoles que juegan á esta Lotería—¿y qué español deja de jugar á ella?—lo hacen, en su inmensa mayoría, porque andan muy necesitados de dinero y echan unos ahorros al platillo de la esperanza para encontrarse á la vuelta de unas horas con una gran cosecha de desilusiones.

—No es cosa de entristecerse por el hecho de que el Tesoro haya vendido los 48.000 billetes del sorteo?

Mire el lector por dónde un ignorado pueblecillo de la provincia de Huelva, con su relativa abstención, puede dar lugar á una serie de vagas consideraciones con, de, en, por, sin, sobre la Lotería, eterno vicio nuestro y motivo constante para la manifestación de nuestra penuria y de nuestras ansias.

La cola.

Siguiendo la tradicional costumbre de informar á los lectores de lo que ocurre en la «cola» de la Casa de la Moneda, nos pernamos allí á las doce de la noche.

El tiempo ha favorecido este año á los «colistas».

Hacia una noche relativamente buena.

Desde el viernes hay varios sujetos formando cola.

Había tipos muy curiosos. Un hombre de unos sesenta años, que tenía el núm. 60 en la fila, llevaba una especie de capa hecha con pieles viejas de conejo y cubría su cabeza con un manguito de grandes dimensiones. Se negó rotundamente á dar su nombre, porque tenía que se enterara su hijo, que vive en Barcelona y está en muy buena posición. De él se separó hace bastantes años porque no le trataba, según nos dijo, con las consideraciones debidas.













